

El reino de los Silfos

Damián miró el atardecer por última vez. Sus ojos estaban rojos y su rostro, empapado por el llanto. Esta vez sí lo iba a hacer. Ya había tenido suficiente. Abrió la ventana y se aproximó a ella. La brisa de la tarde era gentil. Cerró los ojos y estuvo a punto de hacerlo.

—No —pensó. Si decidía saltar, entonces él le habría ganado.

No podía permitirse perder, pero ¿qué haría entonces? En otras ocasiones no se habría arriesgado, pero ahora ya había llegado demasiado lejos. Destabó el seguro de su puerta y caminó al cuarto de sus hermanos. Estaba cerrado. De seguro ellos también estarían llorando, abrazados como los dos pobres niños que eran frente a los frívolos berrinches de un monstruo. Tomó las tijeras y subió las escaleras. Él nunca había hecho algo realmente malo, y ahora, era perfectamente consciente de lo que haría y de las consecuencias que tendría. Damián subía poseído por un impulso de ira contenida durante años, por una cuerda que ese día se había roto para siempre. Pero al estar a escasos metros se quedó inmóvil. Las tijeras se soltaron de su mano y cayeron al piso.

No podía. No era capaz.

¿Pero entonces qué? ¿Soportaría más tiempo toda esa sarta de tonterías?

Seguramente su padre debió escuchar el ruido de las tijeras al caer, porque Damián pudo sentirlo levantándose de su cama y marchando hacia su puerta. En un golpe de pánico, el muchacho corrió. Bajó de golpe las escaleras y se metió en su cuarto a toda prisa.

— ¡Damián! —se oyó el grito de su padre, con una voz soez y rasposa.

La desesperación lo consumió y tropezó entre sus cosas. No sabía qué hacer. El (maldito) monstruo salió firmemente de su dormitorio, cerrando la puerta con violencia. El chico lo escuchaba avanzar hacia él con movimientos toscos y brutales. En ese momento, sintió un rayo atravesar su mente. Una idea fugaz vino hacia él, y sosteniéndola por unos instantes, Damián supo que debía obedecerla.

Su libreta reposaba sobre la mesa. La tomó ágilmente. También tomó un par de lapiceros y su abrigo verde, que estaba sobre su cama.

— ¡Damián!

Corrió frenéticamente hasta llegar a la puerta principal. La abrió y luego la cerró bruscamente, dejando adentro a su padre, sus gritos, sus hermanos y todo lo demás. Bajó las escaleras saltando, casi volando. En su tropel se caía y se rasguñaba mientras iba sorteando los pisos en descenso. Al dar con la reja de su edificio, tocó el timbre de un vecino, que abrió sin preguntar quién era.

Damián huyó hacia las calles como si un lobo le estuviera persiguiendo. Se mezcló entre los callejones y evadió a las personas. Ni habiendo llegado a la avenida se sintió seguro. Decidió ir más allá. Cruzó parques, casas, calles, y finalmente se tumbó en el piso. Estaba exhausto. Se quitó el abrigo mientras inhalaba agitadamente. Su camiseta se había llenado de sudor. Había olvidado lo duros que podían ser esos ataques, especialmente con el asma. Ya estaba anocheciendo y el viento empezaba a correr con más vigor. Sin verlo venir, escupió un estornudo. No tenía algo con qué limpiarse. Una familia pasó por la acera caminando y la madre lo miró con menosprecio, procurando apresurar su caminata. El chico estaba en medio de la pista, sucio y mojado como una rata desahuciada. Se levantó con dificultad aún fatigado. En el bolsillo de su abrigo encontró un par de monedas, que decidió gastar en una botella de agua. Bebió con ansiedad.

Ya algo apaciguado, pudo pensar sobre lo sucedido. No pudo evitar que unas lágrimas se deslizaran de sus ojos. Tampoco pudo evitar que se le escapara otro estornudo furtivo. Pidió unas servilletas al dueño de la tienda, quien se las dio. Damián se hallaba a sí mismo débil, incapaz de proseguir. Volvió a cubrirse con su abrigo. El frío era más fuerte que de costumbre, a pesar de ser primavera, o tal vez sólo era su impresión. Caminó vacilando en qué hacer a partir de ese punto. Sin embargo, lo cierto es que lo tenía en mente desde el momento en que salió de su casa. Quiso analizar la situación en pos de descubrir otra posible opción, pero terminó finalmente por sucumbir ante la idea original. Iría a la casa de Julián, su único amigo de confianza verdadera.

Caminó aún con cierto nerviosismo, con cierta sensación de que su padre aún lo podría estar siguiendo, o que habría salido a buscarlo con su auto, con cualquier otra cosa por el estilo. No importaba que no tuviera sentido, hasta la idea más descabellada se volvía una posibilidad en la mente de Damián. Trataba de imaginar qué estaría sucediendo en ese momento, que estaría haciendo él, sus pobres hermanitos. Se sintió mal por un momento y luego ese sentimiento se transformó en un estado de malestar prolongado.

La noche era despiadada y la ciudad era ruidosa. Tumultos de gente y vehículos se escurrían en un gran desorden. Damián no tenía dinero para el autobús y sólo quedaba caminar hasta la casa de Julius. El espeso bochorno y el constante sonido de las bocinas no le dejaban pensar con claridad. Cruzó varios puentes con cierto miedo. Su distrito jamás había sido precisamente una zona segura.

Pasó de ese modo una hora que le pareció un día entero. Ya era noche profunda cuando estuvo a las cercanías de su meta. Subió entre las colinas, pavimentadas con arreglos de césped a los lados del camino. Ya no se oía el ruido estridente de las avenidas a la altura de esos sitios de corte residencial. Sólo estaba él y la plácida noche en su relativo silencio.

Julius vivía en una bonita casa frente a un parque. Había jardines alumbrados por luminarias a su alrededor, y a lo lejos se proyectaba la forma de grandes cerros. Era el límite de la ciudad. Después de dudarle un poco, Damián tocó el timbre. Quien abrió la puerta fue el papá de Julius, sorprendido de verlo. Damián saludó educadamente y preguntó si era posible pasar. El padre de su amigo aceptó con cortesía, pero con un disgusto notorio. Le preguntó a Damián la razón de su imprevista visita y éste se limitó a decir que había tenido un problema en casa. Aún estaba resentido y consideró hablar de más para hacer quedar mal a su padre. No lo hizo. A lo mejor ellos ya estaban enterados de lo que estaba pasando. Al entrar, encontró a Julius cenando con su familia, en la adornada mesa de la sala. Todos tenían un gesto de incomodidad salvo Julius, quien miraba de forma avergonzada. Una gran presión atravesó a Damián. Estaba invadiendo un espacio que no le pertenecía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Julius después de conducirlo a su habitación y asegurarse de cerrar la puerta.

—No tenía a dónde más ir. En serio, lo siento —fue lo único que pudo responder Damián.

Seguidamente, le explicó todo lo que había estado sucediendo y le dijo que, más que nunca, necesitaba su ayuda.

Sin embargo, Julius no era el dueño de su casa. Le ofreció a su amigo cenar junto a ellos. Pero no era posible que se quedara a dormir. Sus padres no lo permitirían. Fue entonces cuando Damián cayó en cuenta de lo necio que había sido. Al ir directamente a casa de los padres de Julius, se había entregado él solo a su perdición. Lo más probable es que en ese preciso momento, los padres de su amigo estuvieran llamando preocupado a su padre.

Cuando él llegara, le esperaba un escarmiento absoluto. El nerviosismo volvió a apoderarse por completo del muchacho. No podía quedarse allí.

De una forma inquieta, le pidió a su amigo su cooperación. Si su padre llegaba, sería el final. Gritó. Julius estaba desconcertado. Damián lo había empujado fuera de su calma y no comprendía lo que estaba pasando. Intentó controlarlo, pero no pudo. Le preguntó exactamente qué era lo que quería que haga. La luz blanca de su cuarto brillaba con frialdad. Damián pidió comida que pudiera llevarse y algo de agua para llenar su botella de plástico vacía. Y después se volvió y le pidió también prestada su flauta dulce. Entonces Julius notó que su amigo traía consigo su libreta, aquella que todo el tiempo cargaba. Julius se enfadó.

—¿Crees que esto es un juego? —le dijo con rigidez. —¿Cuándo vas a dejar de vivir como un exagerado y madurar?

Damián salió de sus estribos. Alertó con voz alta e intranquila que el asunto era bastante serio, que él jamás entendería. Por instinto se cayó en llanto después de esto y se tapó el rostro. Julius lo miró con un rostro severo que dejaba escapar la pena. Le dio un pañuelo, un paquete de galletas y su instrumento de madera. Damián caminó a la salida. Los padres y hermanos de Julius lo miraban en silencio. Al llegar a la puerta, Damián no pudo abrirla.

—Ehhh... La puerta... está...

Su amigo fue y le ayudó a desabrochar el cerrojo. Damián agradeció avergonzado. Luego Julius cerró la puerta y Damián se encontró nuevamente a la intemperie.

No había forma de expresar cómo se sentía en ese momento. Se quedó todavía unos segundos frente a la puerta. Había perdido su última esperanza. Su interior se volvió oscuro y pedregoso. Quería llorar, pero tampoco quería hacerlo más. Era un idiota, nada más que un niño llorón, iluso e indefenso. Lo era. Miró la flauta de fina madera de su amigo en su mano. Miró el cielo nocturno y las colinas negras en el horizonte.

Se echó a correr rápidamente, pero era una huida completamente diferente a la que emprendió desde su casa. Corrió subiendo cada vez más por las casas y en completo silencio. Corrió en contra del viento. Comenzó a lagrimear y a toser. Sus narices se humedecieron y las sustancias surgieron con fuerza. Eso no lo detuvo. Siguió corriendo y no paró, ni siquiera cuando dejaron de haber casas, jardines y pistas asfaltadas. Ni siquiera cuando dejaron de haber faroles que iluminaran su sombra. Subió por los montes

resbalándose. Tropezó entre la tierra y cayó. Volvió a insistir en su subida, con un gesto iracundo y un espíritu refulgente de ímpetu. Corrió con velocidad y fuerza. El sudor, las lágrimas, secreciones y todo lo que emanaba de su cuerpo ya no significaba nada. Llegó a un peñasco en la oscuridad del monte desierto. Toda la ciudad podía verse desde allí. Entonces gritó.

Lanzó un poderoso grito hacia la nada, y luego ya no pudo más. Cayó al suelo, presa de su agotamiento, y se apoyó en una roca polvorienta. La arena sucia se impregnó en la humedad de sus palmas. Sintió el frío de la noche golpearlo. Transpiraba y se hallaba en un mal profundo. Se aferró al abrigo. Mantuvo su cuerpo húmedo en su interior y esto lo fastidió. Volvió a gritar, pero esta vez se quedó sin aire a la mitad, tosió y se hiperventiló. Bebió un sorbo helado de agua y respiró más pausadamente. Se limpió las suciedades con su camiseta y poco a poco fue resolviendo calmarse. Sacó su libreta donde apuntaba sus ideas, generalmente partituras y melodías, pero también letras, poemas y breves imaginaciones. A veces tenía sueños, mas nunca los podía recordar. Abrió su libreta, pero no pudo ver nada a causa de la oscuridad de la noche. No importaba.

Jadeando y tiritando en silencio, se acomodó entre las piedras. Su agotamiento físico era inmenso, mas no era capaz de dormir. Recordó su habitación y su cama. Su casa, ese ambiente que lo torturaba, pero que a la vez le brindaba la comodidad del cobijo. Tal vez no debió huir. Ahora, recostado en la tierra de una colina, con el cuerpo húmedo y el viento nocturno, se esforzaba por resistir. Pasaron horas solitarias de lúgubre agonía. Damián, primero dormitando, se adentró en un sueño ligero. Luego se acostumbró y durmió.

Despertó unas cuantas veces en la madrugada, pero se volvió a dormir. Fue a las últimas horas de la noche cuando el sueño se le dificultó más. El aire comenzaba a tornarse más delgado y gélido. La noche anunciaba su final para dar paso al día. Damián intentó ignorarlo y cerrar los ojos. Seguía cansado. Poco a poco, el cielo se fue haciendo cada vez más claro. De repente, hasta el sonido más mínimo desapareció.

Todo alrededor se hizo absolutamente silencioso. Las nubes se movían lentamente y un ligero brillo dorado cubrió la colina. Damián pudo percibir una presencia. La sintió como si fuera un ligero sonido, una música sumamente agradable. Abrió los ojos. Observó un panorama melifluo. Respiró. Tomó la flauta con lentitud y se puso a tocar una suave melodía que él mismo había compuesto. El chico se sintió sumido en un aroma de inspiración y belleza, mientras revolvía los pensamientos y preocupaciones de un mundo real e incomprensible.

Entonces la música se volvió más clara.

Se acercaba como un coro angelical y se volvía comprensible en la mente del muchacho. Era un sonido más allá de esta tierra, de este universo. Había algo allí, algo que él no podía ver ni entender. Intentó seguirlo con la flauta. Eran como dos corrientes de agua intentando encontrarse en ese apartado terrenal.

Y así, las dos melodías finalmente se encontraron. Se volvieron una sola y esta creció infinitamente. Era música, bella e indescriptible. Inundó los montes, los cielos y la colina. Finalmente, Damián pudo verlo.

Era un ser parecido a un anciano, sólo que no lucía exactamente como un humano. Emanaba un brillo translúcido y flotaba entre las nubes, como si estuviera hecho del mismo viento. Una vestimenta tejida en sueños y tradiciones cubría su cuerpo abultado. Tenía un gorro lanudo, varios listones que se mecían a su son y múltiples alas. El ser lo observaba con sus ojos enigmáticos. A Damián le pareció extrañamente familiar. Presentía haberlo visto antes, en algún lugar. En uno de sus sueños, tal vez.

El ser habló.

—¿Qué estás haciendo aquí, Éhneret? —dijo con una voz grave y cálida. Evocaba sabiduría y misticismo. Era el tono de una voz ajena a las ciudades y a las personas.

—¿Acaso es que estás perdido?

—Sí. —respondió instintivamente Damián. —Pero no sé si sea... —iba a decir algo pero calló. No supo lo que quiso y se sintió aturdido. “Éhneret”. Lo había escuchado antes, hace mucho tiempo. No recordaba dónde.

—Todo está bien. —dijo el misterioso ente—. He venido a llevarte con nosotros, a donde perteneces.

—¿A dónde me llevarás? ¿Por qué?

—Te llevaré a nuestro reino, un lugar más allá del espacio y de las estrellas. Allí podrás existir en eternidad y gloria con nosotros. Te hemos visto en los atardeceres. Te hemos dicho cosas y tú, a nosotros. No tengas miedo, Éhneret. Ven conmigo.

Damián no tenía miedo, se sentía singularmente atraído a esa benigna figura. Era como algo mágico. Por alguna razón, confiaba plenamente en él. Al verlo, manifestaba una felicidad y bienestar inconmensurable.

—¿Qué pasará con mi padre, con Julius, con mis hermanos? —dijo preocupado.

—Eso no importa —respondió el ente. —Nada de eso importa. Tú eres más que este mundo. Ellos son ciegos y desdichados. Aquí, no conseguirás lo que te aguarda y te merece. Ven y acepta la luminosidad de tu destino. Tendrás palacios y serás testigo de cosas maravillosas. Vivirás el resto de tu existencia llena de magia y creación.

El silfo extendió su enorme mano. Damián comenzó a llorar, muchísimo más que antes, pero era de la emoción y el éxtasis. Sintió como voces majestuosas discurrían en torno a él en armonía. Eran los silfos. Ellos venían como el aire durante el alba y susurraban maravillas inefables. Ellos volaban en la mente de los artistas y los inspiraban. Dotaban de ideas a la pobre humanidad. Pocos eran realmente dignos de escuchar el sonido de sus voces y su presencia. Aquellos que lo hacían recibían dones más allá de la realidad. Después de muchísimo tiempo, Damián se sentía pleno.

—¡Llévame! —le dijo entre sollozos. —Apártame de este mundo indecoroso e idiota. Sálvame en tus mantos de luz. ¡Tómame! ¡Tómame! — bramó llorando.

Damián extendió su brazo y, finalmente, ambos seres hicieron contacto.

Damián sintió cómo se elevaba de los suelos. Cómo se desprendía de sus ropas y de su peso. Comenzaba la marcha de una sinfonía esplendorosa. El sol salía entre las montañas y las nubes se movían en espirales. El silfo lo llevó entre los cielos, vagó velozmente por tierras de placeres desconocidos. Las estrellas, las ciudades, desaparecían lentamente. Cada vez, Damián se sentía mejor, más lleno de algo, de algo profundamente bueno e inexplicable. El tiempo se desvanecía y luego era indiferente. Atravesaron una y otra vez la creación y la destrucción, el principio y el final del mundo. Surgieron luces y resplandores espectrales. Un brillo totalmente puro los aisló y en la nota más alta de todas, llegaron.

Y ya estaban allí.

Era una ciudad hermosa y áurea, colmada de bellos jardines y relucientes palacios. Muchos silfos volaban y jugaban por los aires, componiendo arte y obras más allá de la reducida comprensión humana.

Damián pudo reconocer ese lugar. Lo había visto en sus sueños a lo largo de toda su vida. Era un mundo aparte, un lugar perfecto y superior al universo conocido. Damián descubrió que ya no era más Damián. Él ahora era Éhneret, un magnífico silfo que llamaba al silencio y lo llenaba de música y hermosura, que recorría las profundidades del vacío y guiaba a los viajeros perdidos por las sendas de la inspiración. Y así vivió, junto a los demás silfos, flotando y creando en ese eterno paraíso, gobernando plazas y ornamentados aposentos, por la infinidad de los siglos, más allá del tiempo.

Una semana después, por las redes y en las pantallas circuló la noticia del hallazgo de un adolescente desaparecido. Los efectivos habían localizado su cuerpo en la mitad de los cerros del límite del distrito oeste mientras hacían una inspección. Muy pocos noticieros se atrevieron a mostrar la noticia. Llevaba muerto más de seis días. Los restos de Damián fueron sepultados tiempo después, durante el sol de un domingo. La libreta que llevaba la pusieron junto a él y taparon su tumba con tierra, en un velorio de menos concurrencia de lo habitual.